



COLEGIO DE PROFESORES DEL PERÚ

LEYES N° 25231 - 28198 - D.S. N° 017 - 2004 - ED

Inscrito en el Registro de Personas Jurídicas SUNARP en la Partida Electrónica N° 12517954

EL DIFUSO CORCEL ***DE LA MUERTE*** ***y otros cuentos***



Editorial
AMAUTAKUNA

EL DIFUSO CORCEL

DE LA MUERTE

y otros cuentos

**I Concurso Nacional de Ensayos Pedagógicos
organizado por el CPPe**



*El CPPe, en homenaje
a la producción intelectual
de los maestros del Perú.*



EL DIFUSO CORCEL DE LA MUERTE

y otros cuentos

I Concurso Nacional de Cuento, Poesía y Ensayo Pedagógico

Antologado por:

Prof. Manuel L. Nieves Fabián:

Director Nacional de Asuntos Académicos y Profesionales

Prof. Leoncio Luque Ccota:

Director Nacional de Prensa, Eventos y Publicaciones

Prof. Pablo Helí Ocaña Alejo:

Decano Nacional:

Primera Edición : 2023

Carátula : Paisaje serrano

Edición digital : Editorial AMAUTAKUNA

del Colegio de Profesores del Perú. Ubicado en el
Jr. Rufino Torrico 889, Oficina 301 - Lima - Perú
colegiodeprofesores.cppe@gmail.com

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca

Nacional del Perú Red. N° 2023-03466

Derechos de Autor Reservados

@Colegio de Profesores del Perú

Editorial AMAUTAKUNA

Colegio de Profesores del Perú

Jirón Rufino Torrico N° 889, Oficina 301 - Lima - Perú

Email: colegiodeprofesores.cppe@gmail.com

ÍNDICE

Presentación	09
Discurso en la ceremonia de premiación a los ganadores del I Concurso Nacional de Cuento, Poesía y Ensayo pedagógico “Colegio de Profesores del Perú – 2022	13
El difuso corcel de la muerte Marcos Miguel Coronado Terrones	17
Los reclusos Elvis David Quispe Altamirano	23
Los eventuales David Edilberto Cabana Huanqui	29
Ausencia Plinio Gustavo Quispe Tapahuase	35
Zapatos blancos Gladys Rosario Ramos Arana	39
Gritos en la encañada Héctor Ancajima Fernández	43

PRESENTACIÓN

El I Concurso Nacional de Cuentos, Poesías y Ensayos Pedagógicos, por la cantidad y calidad de narraciones presentadas desde distintas partes del país, podemos afirmar que en provincias también hay autores con trabajos de alta calidad literaria.

En el presente siglo ya no es solamente Lima la ciudad que irradia la cultura, hoy, los escenarios son diversos porque los autores han encontrado la manera más sencilla de publicar sus obras debido a la descentralización de las casas editoras.

En el siglo anterior la narrativa provinciana era inexistente debido a que la herencia colonial se impuso no solo en lo económico, sino también en el campo cultural. Los grandes valores de nuestra literatura siempre miraron con escepticismo la producción intelectual provinciana. Muchos de nuestros valores del interior tuvieron que viajar a la capital y romper esas barreras. Los ejemplos están a la vista: Vallejo, haciendo mil esfuerzos, tuvo que viajar a Lima para publicar su libro. Los eruditos capitalinos, con esa concepción conservadora, jamás reconocieron la valía de uno de los más grandes poetas de nuestra literatura y la literatura universal. Caso similar ocurrió con José María Arguedas quien tuvo que imponerse en una lucha desigual con sus coetáneos no solo de nuestra patria, sino también de Latinoamérica, quienes no comprendían ni entendían el gran valor de nuestra literatura andina.

Los trabajos presentados al I Concurso Nacional de Cuento, Poesía y Ensayo Pedagógico, organizado por el Colegio de Profesores del Perú son muestras de la producción literaria en provincias, pues los cuentos, las poesías y los ensayos ganadores, en su gran mayoría, provienen del interior del país y son muestras del despertar de las literaturas regionales por diversas razones:

- a) Porque los autores han logrado constituir las asociaciones de escritores regionales con una vida activa e influyente en la sociedad.
- b) Porque en estos últimos años, las casas editoras han descentralizado sus actividades en distintas regiones del país, facilitando al autor la publicación de sus obras a costo módico en comparación a las editoriales limeñas.
- c) Es sumamente importante remarcar el rol que juegan las ferias regionales de libros, ya que se han convertido en el canal de difusión de las obras literarias a través de los mismos autores.
- d) También hay que señalar el Plan Lector implementado por las direcciones regionales de educación para facilitar la comprensión lectora. Esta actividad se ha convertido en un instrumento donde los docentes incentivan a los niños la práctica de la lectura priorizando las obras de los autores regionales con la consigna: “Primero conocamos lo nuestro”.

Estas consideraciones señaladas incentivan el cultivo de la creación literaria y como consecuencia la aparición de escritores jóvenes con una manera distinta de enforzar los problemas sociales, políticos y económicos de nuestra patria.

Los temas que tratan los trabajos presentados al I Concurso Nacional de Cuentos, Poesías y Ensayos pedagógicos son diversos, pero la gran mayoría se inclina por divulgar lo que está a su alcance, ya sea a través de la literatura de creatividad o la narrativa oral de sus pueblos.

Veamos sucintamente los temas que abordan en las narraciones ganadoras:

El difuso corcel de la muerte, es una hermosa narración, cuyo escenario es la sierra norte de nuestra patria, donde el autor juega perfectamente con el tiempo y concatena muy bien la disyuntiva vida – muerte. La búsqueda de remedios en lugares lejanos para la madre en difícil trance es un pretexto para narrar la posible muerte del abuelo o para salvar la vida del nieto. El nudo de la narración se hace cada vez más tenso e interesante, recordándonos a los cuentos de Horacio Quiroga donde el suspenso se mantiene hasta la última palabra de la narración,

En **Los reclusos** el autor utiliza el monólogo para denunciar a las llamadas “casas de refugio”, que aparentemente funcionan en nuestra patria para socorrer a los niños huérfanos, a los necesitados; pero, lejos de hacer el bien son centros de perversión y corrupción. Quienes logran salir de estos lugares no están preparados para afrontar la dura realidad en esta sociedad.

Los eventuales es la denuncia de lo que sucede en nuestra patria por la búsqueda de trabajo para poder subsistir. El trabajador para poder llevar el sustento diario a la familia, vende su fuerza de trabajo, no importándole los trabajos eventuales y aparente fáciles, pero con gran riesgo de perder la vida.

Ausencia, narra un fragmento de los años difíciles que vivió nuestra patria por la presencia de los alzados en armas donde civiles y militares perdieron la vida.

La muerte del soldado es narrada en medio del fragor del combate mientras sus ojos se van cerrando pronunciando las últimas palabras escrita por su hija.

Zapatos blancos, un relato paranormal cuyo centro de atención son los zapatos blancos, donde la protagonista es víctima de sus propios zapatos.

Gritos en la encañada es un relato lineal donde Juana, la personificación de la víctima, cansado de los maltratos de su esposo decide poner fin utilizando sus propias manos. La justicia no tarda en descubrir el crimen para encerrarla en prisión, mientras queda en abandono el hijo, fruto de sus amores, que a pesar del tiempo transcurrido espera el retorno de su madre.

Muchos trabajos pudieron haber sido finalistas e incluso ganadores del concurso, pero en estos certámenes hay normas y reglas, y son los jurados calificadores los que tienen la última palabra.

Esta primera convocatoria a los maestros del Perú es una hermosa experiencia que nos permite cualificar nuestro trabajo en busca de los nuevos escritores desde las diferentes regiones de nuestra patria.

Lima, febrero del año 2023.

Manuel L Nieves Fabián
Director Nacional de Asuntos Académicos
y Profesionales del CPPe.

DISCURSO EN LA CEREMONIA DE PREMIACIÓN A LOS GANADORES DEL I CONCURSO NACIONAL DE CUENTO, POESÍA Y ENSAYO PEDAGÓGICO “COLEGIO DE PROFESORES DEL PERÚ - 2022

Distinguidas Autoridades, directivos de la JDN del CPPe, público presente. Distinguidos educadores, ganadores del I Concurso Nacional de Cuento, Poesía y Ensayo Pedagógico “Colegio de Profesores del Perú – 2022.

Para nuestra Orden Profesional, es un gran honor estar reunidos el día de hoy con la finalidad de reconocer, homenajear y entregarles el premio que relieves su vocación profesional, capacidad de indagación, habilidad y talento, para sistematizar su creatividad.

Educar es aprender, desaprender y reaprender; también es transformar en la medida que estemos convencidos del rol que asumimos como docentes. Por ello, el CPPe, cumpliendo con una de sus finalidades que a la letra dice, “Contribuir al desarrollo y mejoramiento continuo de la educación y de la sociedad peruana, respetando la unidad nacional dentro de la diversidad regional, étnica, lingüística y cultural” y cumpliendo con sus atribuciones de “Velar por la mejor calidad del ejercicio profesional del Magisterio, participando activamente en la definición de competencias y estándares de desempeño docente” y “Promover concursos nacionales sobre temas educativos y culturales en forma periódica”, en esta oportunidad, llegamos al tramo final de este proceso que por primera vez, se instituyó y ejecutó a cargo de nuestra Orden Profesional.

Agradezco al Director Nacional de Prensa, Eventos y Publicaciones y al Director Nacional de Formación Académico y Profesional, apoyado por el equipo administrativo, haber mostrado musculo cultural, para hacer realidad este I Concurso Nacional. Estamos convencidos, que proyectos de esta dimensión, solo son posibles cuando hay dedicación, compromiso y trabajo en equipo.

Este concurso no sería posible sin la participación activa y desvelada de nuestros educadores. Una vez más, los docentes del país muestran su talento, solo están a la espera de oportunidades y espacios para mostrarlos. Leer los trabajos presentados, ha significado recorrer esa fibra sensible de humanismo logrado. Han demostrado que tienen una práctica pedagógica vinculada al conocimiento de la realidad, muestran que tienen esa vocación de sistematizar y compartir sus conocimientos, experiencias y una imaginación visionaria fruto del pensamiento complejo en tiempos donde lo permanente son los cambios. En efecto, estamos viviendo épocas de cambio que cambiará la época, y como educadores, no podemos quedar anclados en el tiempo.

Queridos educadores, permítanme felicitarles por haber participado de este concurso nacional, hecho que nos compromete seguir promoviendo estos proyectos académicos y culturales. De los trabajos presentado, tenemos ensayos que reflejan el conocimiento de las ciencias pedagógicas, con una mirada muy aguda de la importancia del proceso de aprendizaje usando el arte, la literatura, el manejo de las emociones, la práctica de los valores, la convivencia y la armonía en la escuela. Todo esto, con conocimiento de la realidad y amor a la cultura. Han demostrado que la educación es el motor del desarrollo, y la docencia es la profesión clave de ese proceso.

Estimados colegas, es importante recordarles que el código de ética de nuestra orden profesional sostiene, *“El más alto cargo que un ciudadano puede desempeñar en una democracia es el de maestro. El educador profesional está al servicio del educando, sus colegas, el pueblo, la sociedad y la patria. El fundamento del ejercicio profesional del profesor es la defensa y promoción de los derechos humanos, la democracia y la justicia social. La esencia de ese ejercicio*

profesional es la formación integral del educando, a cuyo logro se dedica con afecto, lealtad y respeto a su dignidad.”

Por esas consideraciones, en mi condición de Decano Nacional de del CPPe, les insto seguir trabajando con probidad, creatividad, empatía y vocación de servicio a la sociedad y la cultura.

Deben seguir demostrando que la grandeza del educador radica en su constancia, capacidad de inventiva, afán de superación, ejemplaridad, espíritu emprendedor y movilizador de conciencias; cualidades que ayudan a lograr nuestros fines institucionales, contribuyen al desarrollo y mejoran la educación y la sociedad peruana.

En mi condición de Decano Nacional del CPPe, y representación de la Junta Directiva Nacional y el Consejo Nacional de Decanos, les reitero mi reconocimiento por este logro, pero también hacemos un espacio para elevar nuestra voz ante la representación nacional del congreso de la república y el poder ejecutivo, exigiendo superar la crisis política en el que nos encontramos envuelto. Los educadores de principios democráticos no podemos estar de acuerdo con el golpismo que representa los mezquinos intereses de la clase económica privilegiada ni con un gobierno que, en aras de la sobrevivencia, abdique de sus promesas electorales. Nuestra orden profesional no es inocua, al contrario, necesitamos mirar al horizonte. La salida a la crisis, es el adelanto de las elecciones, que nos permita tener una nueva representación pero que tenga madurez política y un proyecto de desarrollo nacional, donde el epicentro de sus decisiones esté exento de corrupción, repartija y cuoteo del poder en aras de satisfacer oscuros intereses.

Estamos próximos al debate y aprobación del presupuesto anual 2023, y no estaremos de acuerdo, cuando desde el gobierno, se trabaja por no cumplir con la norma constitucional de otorgar a educación el 6% del PBI. Es verdad, tenemos un MINEDU ineficiente en la ejecución presupuestal, pero eso no justifica que al sector clave del desarrollo nacional, no se le asigne el presupuesto que realmente necesita. A la fecha, el MINEDU ha gastado solo el 59% del Presupuesto de actividades 2022, y en ejecución de proyectos, solo el 32.19%. Esta realidad, evidencia la ineficiencia del

Ministro de Educación, donde el denominador común es la demagogia con actuación de militante sindical y político que representa al presidente, antes que dedicarse al trabajo técnico orientado a resolver los grandes problemas del sector. En esta línea de ideas, necesitamos que se reglamente la norma de pago de la CTS, incremente los fondos de pago de preparación de clases, tome decisiones con respecto al incremento de sueldos y pensiones de los educadores, se comprometa con la asistencia técnica para la recuperación de los aprendizajes otorgando herramientas tecnológicas y conectividad, para que los estudiantes aprovechen los entornos virtuales para complementar sus aprendizajes.

Como CPPe seguiremos contribuyendo con la formación continua de los educadores y no solo de la escuela pública, sino, también para el sector privado, donde miles de educadores no tienen sus derechos garantizados. Felicitaciones a los Ganadores de las tres áreas, provenientes de las regiones de Puno, Lambayeque, Lima, Arequipa, Cusco, Amazonas. Las laptops y tabletas, quedaron en buenas manos y será una herramienta que ayude a su labor educativa.

Gracias a la Municipalidad Lima por brindarnos un espacio muy especial, para dedicar a la cultura y la innovación: El Salón de los Espejos del Teatro Municipal.

Prof. Pablo Helí Ocaña
Decano Nacional del CPPe

EL DIFUSO CORCEL DE LA MUERTE

(Primer puesto)



Marcos Miguel Coronado Terrones ()*

Motupe – Lambayeque

Los recuerdos son vívidos. Hacía días que ella, inmóvil sobre la tarima, cargaba a nuestro hijo en la placenta y a pesar de sus dolores endemoniados no había cuando suceda el alumbramiento. Le había prometido llevarle las medicinas del pueblo de los Bracamoros. «Cueste, lo que cueste», le había dicho en un interminable abrazo, avizorando quizás el fatídico desenlace.

«Serás un montarás fuerte, un gran hombre, mi amado hijo», meditaba, dándole latigazos a la yegua Mora a pesar de sus jadeos extenuantes.

Mi padre y yo avanzábamos por laderas y valles, entre cicales y verdes cafetales; movidos por el ímpetu de socorrer a la criatura y la desespera-

ción mía de salvarle la vida —pero él, mi pequeño—, seguía aferrándose inútilmente a las entrañas de su madre. Entonces, por insistencia de mi padre, decidimos cortar camino y hacer el recorrido de los antiguos arrieros. El sendero había sido tomado por bandoleros, aunque eso no le importó demasiado. Él agitó el estribo del Alazán y se adelantó con dirección de la cocha que espejeaba entre la espesura del valle. El brío de una extraña juventud se apoderó del jinete quien se abrió paso entre la maleza alta que intentaba retrasar el trote.

—¡Óyeme, muchacho!, —dijo— vigila el portachuelo parece que nos siguen.

El cielo empezaba a tupirse y él volvió sobre las huellas para borrar el rastro que dejábamos entre la hierba, aunque yo, no percibiera más que la niebla de la tarde cercándonos hacia las fauces de una gigantesca yacuma que iba cerrando sus grises anillos desde las cumbres.

La luna se había puesto sobre nosotros. Era una esfera grande y roja como el ojo de una pantera agazapada alrededor del charco.

De pronto las balas empezaron a silbar desde la otra orilla retando a mi padre que estaba de vuelta en mi costado. Las sombras proferían insultos y escaramuzas esperando que el temor o la ira nos hicieran caer en el pánico y nos precipitáramos a disparar sin blanco seguro con el peligro de quedar sin balas ni cartuchos.

—¡Muchacho, monta a la Mora y vete! —Dijo. Protesté. Y solo conseguí un par de bofetadas que me quemaron el rostro. Tal vez desde la impotencia de su ser me decía que a pesar de todo estaba ahí, conmigo.

Decidió enfrentarlos como en sus tiempos de arriero contumaz y gran tirador de rifle adiestrado en la milicia. Pero ambos sabíamos que ya no manejaba como antes las retrocargas ni las pistolas —aunque demostraba cierta destreza quitando los tábanos de las orejas de los caballos en los potreros—, había perdido la puntería. Le temblaba el pulso incluso cuando recargaba su viejo Máuser para espantar a los abigeos allá en la finca.

—¡¿Hacia dónde papá?! —contesté un poco confundido y agazapado tras la montura—. ¿Hacia dónde?

—¡Hacia el abra! —gruñó— ¡Vete Sheba! Imaginé sus enguantadas manos que también me echaban. ¡Vete carajo y trae a los muchachos!

En el pueblo habíamos hecho buena compra. Todo pagado en libras de coca y garrafas de aguardiente. Fue un trato justo. Un pago justo al boticario y al remediero, al bazar y a todos en la plaza. Pero tratar con bandoleros era otra cosa, como tratar de burlar al propio diablo en el tráfico de las almas. Y ahora nos cazaban como a venados. Sin embargo, mi padre jamás en el pasado se había dejado quitar las acémilas, menos ahora que estaba en juego su heredad y el honor de su hijo.

Una descarga casi me arranca el cuello. El impacto partió algunas rocas que cayeron sobre mi cabeza. Hasta entonces el escondite había sido favorable.

—Hijo, estos bandidos no tardarán en cruzar el río —dijo más calmado—. Será mejor que baje hasta el remanso.

Con los destellos de luna lo vi hurgar entre los bolsillos del chaleco y sacar su cantimplora. Quise pedirle un sorbo, pero me abstuve. Mi aliento se tornaba cada vez más frío.

—Me afina la puntería—. Habló, dándome en el rostro el olor dulzón de las cañas agitando sus flores en la huerta.

Me envolvió la desesperación y los nervios me crisparon en todo el cuerpo.

Quería volver con mi hijo que para entonces ya habría asomado a este mundo, incluso me parecía escuchar entre los zumbidos de las balas un llanto recio tras la colina. ¿Se habría salvado?

—Los voy a tumbar uno a uno como a perdices —dijo, ahora con el tufo agrio dándome en la cara. Su voz estaba ronca.

—Vuelve a casa hijo mío—. Hizo una pausa. Limpió mi frente y la besó.

No sentí sus labios, estaba casi paralizado. Habría sido mejor emprender la huida juntos, pero el destino nos había puesto ahí uno frente al otro.

Le habría pedido perdón de rodillas por tantos años ignorando sus buenos consejos que ahora nos salvarían la vida. Sorbió el tercer trago diciendo:

— ¡A tu salud! Quién diría que fueras ya un hombre. Protégete bien mi cholo hasta cruzar el abra, pide apoyo y vuelve, sólo, si los espíritus te acompañan. Y si no, vive bien, cuida las reglas sagradas que dicta la montaña, mantén su equilibrio para siempre. Su voz por primera vez se entrecortó.

Lo imaginé empuñando su frígido revolver con una mano y con la otra su viejo Máuser, esperando el leve movimiento del agua o el chasquido de las hojas bajo la suela enemiga...

De pronto, el rostro lívido y lacrimoso de Griseida apareció en el espejo opaco del Rumicocha que nos flanqueaba.

Estuvieras aquí cultivando la ladera o criando tu hijo. Tuyo y mío. Paqué me has traído a la montaña. Ellos te matarán... gimió. Te matarán y no podré criar tu hijo...mejor, devuélveme a mi gente y tal vez seguiremos juntos. Seguiremos vivos...

Quedé en silencio.

— ¿Nos iremos algún día? —Vuelve a preguntar y se desvanece en el espejo viscoso del Rumicocha...

Estuve a punto de decirle que prefería correr en la pampa tras los pájaros en la estación de los granos, pero otra descarga hizo que mi padre pegara un tiro certero sobre el primer hombre que emergía del río. ... te juro que esta misma noche volveré por ti y nos iremos más al oriente o al llano de la costa y allí nos amaremos y nadie sabrá nuestro pasado... Eso pensaba, cuando una bala solitaria atravesó la montura con la que me cubría, devolviéndome al instante a la corporeidad de mi ser.

¡Hacia el paso muchacho! ¡¿Estás sordo?! —Gritó mi padre por última vez, devolviéndome el ánimo— ¡Bríncate la Mora y vete!

Extrañamente de un salto estuve sobre el camino y de otro sobre la Mora. En un parpadeo bordeé la colina. Abajo quedaba el murmullo del río envuelto en el eco de las balas y el ceno. Y mientras avanzaba el sonido

silbante de la nariz de la yegua se hacía más intenso hasta confundirse con mi respiración extenuante. El plateado Rumicocha se ocultó por completo tras la bruma.

Desde entonces, busco el rostro de mi padre, cabalgando por las colinas sobre el difuso corcel de la muerte.

(*) (Chota, Perú 1987). Escritor graduado en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo de Lambayeque con estudios de posgrado por la misma universidad.

Ha publicado el libro de cuentos: *El último tañer de las campanas*; La plaqueta: *Un viento cálido sobre el mar*; la novela *Instrucciones para perder la inocencia*.

Ha sido antologado en colecciones como: *Camino a la felicidad* (Gaviota Azul Editores, 2016); *La serenidad de los días*, (Ángeles de Papel Editores, 2017); *Cónclave para el verso* (Ediciones Vicio Perpetuo, Vicio Perpetuo, 2018); *Historias mínimas* (Dentro Ediciones, 2020); *Escena del Crimen* (Ángeles del Papel Editores, 2020) y *Cuentos del Bicentenario* (Ediciones Condorpasa, 2021).

«La literatura es el fuego en la caverna del pensamiento».

LOS RECLUSOS

(Segundo puesto)



Elvis David Quispe Altamirano ()*

Cusco

Entonces tú también provienes de ahí. Vaya, quién lo diría, dos ex moradores del Coperfil se vienen a encontrar en el lugar más impensado del mundo; aunque, espera... pensándolo bien, ¿dónde sino en sitios como este es que se podrían encontrar dos individuos que salieron de aquel lugar? Ese lugar, muchacho, marca, te marca para toda la vida. Es por eso que ni bien te vi entrar supe que el Coperfil tenía que ver algo contigo... Pero ven, acércate, siéntate aquí. Cuéntame, ¿cómo va ese lugar?, ¿cómo está el gordo Silas?, ¿aún vive la señora Empe?... ¡Eh!, ¿qué me dices?... Ah, ya, entiendo, quieres que yo empiece y te cuente algunas cosas mías. Ya veo... Bueno, está bien, lo haré solo porque me lo estás pidiendo en ese tono y porque

eres apenas un recién llegado y necesitas agarrar confianza. Yo entiendo de eso, claro que sí. A ver...Mmm... déjame ver... qué te puedo contar, con qué podemos empezar... ¡Ah!, ya, ya sé...

Cuando mamá murió, ya ni recuerdo de qué fue, papá nos llevó a casa de la abuela. Yo habré tenido como cinco años, mi hermano siete y mi hermana ocho; Carlos y Karen se llamaban y eran mis medios hermanos por parte de madre; como el papá de ellos había desaparecido hacía varios años, papá los llevó con nosotros. Los quería mucho a los dos.

Papá, que siempre me pareció un tipo enorme, tenía las piernas tan largas que parecía andar en zancos, unos brazos delgados que terminaban en unas manos enormes que muchas veces las sentí del tamaño de mi espalda, y una cabeza que cuando lo miraba desde abajo, abrazado a sus rodillas, me parecía un planeta lejano, un sol en el que lentamente se dibujaba una sonrisa agradable y graciosa, y que dejaba ver lo que de él siempre me gustó: sus enormes dientes blancos que yo, entre brincos y risotadas, le decía que se parecían a las teclas de un piano. Papá era también un tipo alegre y bueno; así lo recuerdo; se enojaba poco y tenía en la cabeza una gran cantidad de chistes que hasta el más serio se atoraba de la risa. Ese era papá, y seguramente si las cosas no se hubieran torcido como se torcieron, hubiera llegado a ser un gran padre. Pero no, la muerte de mamá lo cambió todo. En un año, papá se destruyó y destruyó lo que había conseguido en toda su vida y parecía no darse cuenta. En poco tiempo se volvió sombrío, malhumorado y comenzó a beber en exceso. Una vaina total.

Una noche, recuerdo, regresó tan borracho que entre todos tuvimos que llevarlo a su cama. Pesaba como un enorme saco de papas. Mi abuela, como casi todas las noches, le puso al pie de su cama sus dos tinas largas y llenas de agua para cortarles esa extraña costumbre que tuvo poco después de la muerte de mamá; que era de andar dormido por toda la casa. En serio, muchacho; qué técnica más loca de despertar a los sonámbulos. Algunas veces, mis hermanos y yo, llevados por la curiosidad y las ganas de reírnos un poco, montábamos guardia en la entrada de su habitación para presenciar el preciso momento en que papá, sonámbulo, hacia a un lado las frazadas de su cama, se sentaba con lentitud y después de dar medio giro

se impulsaba para ponerse de pie, pero sus pies nunca encontraban el piso o sus zapatos, sino una de las tinas llenas de agua heladísima; entonces despertaba de golpe, lanzaba un alarido de alma en pena y daba manotazos en el aire como si de verdad se estuviera ahogando. Al verlo así, todos nos despencábamos de la risa; parecía una marioneta haciendo su escena de terror... Pero aquella vez fue diferente. Durante la noche no hicimos ninguna guardia porque todos estábamos cansados y además era ya muy tarde.

A la amanecida, el grito de mi hermana nos hizo saltar a todos de la cama, que en un segundo nos encontrábamos en el pasillo, corriendo para cualquier lado.

Sin mucho buscar encontramos a Karen en la puerta del cuarto de papá, de pie y temblando como un gato mojado. Cuando nos dimos cuenta de lo que veía, la desgracia cayó encima de nosotros con tanta fuerza que yo sentí pulverizarse mis huesos. Papá estaba en el piso, con el cuerpo medio encogido y la cabeza enterrada en una de las tinas con agua. La otra tina estaba vacía, metida entre sus pies. La madera del piso estaba mojada y el agua había avanzado como una mancha oscura que casi llegaba hasta los pies de Karen... A simple vista, parecía que solo se hubiese inclinado para tomar agua, pero no, papá estaba tieso, frío... papá estaba muerto... ahogado. Esa imagen la tengo petrificada en la mente que dudo mucho que algún día siquiera se destiña como lo hacen las ropas nuevas de tanto usar.

Fueron los vecinos quienes, al escuchar los llantos y el alboroto en la casa, llamaron a la policía. Cuando estos llegaron, ya la gente se había amontonado en la puerta de la casa, así que tuvieron que levantar la voz para poder pasar.

Después de inspeccionar todos los ambientes, se acercaron a nosotros y sin siquiera mirarnos nos hicieron dos preguntas. La primera; cómo murió, y la segunda; quién puso las tinas con agua. Mi abuela, entrecortada por el llanto respondió, con toda la inocencia del mundo, que ella las había puesto, que todas las noches las ponía. Eso fue todo. Ante el asombro de nosotros y de todos los vecinos, la apresaron, la subieron al patrullero y se la llevaron. ¿Quién iba a imaginar que las cosas terminarían así? Cuando la desgracia cae, cae nomás, muchacho, sin oración que la detenga.

Sin familiares que se pudieran hacer cargo de nosotros, nuestro destino fue el albergue estatal para niños huérfanos o en situación de riesgo, más comúnmente conocido como el Coperfil.

Cuando llegamos allí, todo fue tan duro, nos chocó a todos. Mi hermano Carlos tuvo problemas de indisciplina y peleas frecuentes con algunos chicos; a mi hermana mayor le sangraban mucho los dedos por morderse desesperadamente las uñas y a mí me regañaban y jalaban las orejas todas las mañanas por orinarme en la cama. Un año estuvimos así, sufriendola duro. Al cabo de estos, cuando ya los tres nos hallábamos al lugar y a esa vida, el padre de mis hermanos mayores apareció de la nada y obtuvo el permiso para llevárselos del albergue; se fueron, no sé a dónde; nunca más los volví a ver. No sé qué será de ellos ahora. Guardo muy malos recuerdos de esos días, y no tengo ganas, muchacho, de recordarlos ahora; comprenderás.

Bueno, desde entonces me quedé completamente solo en la vida, deseando, como única alternativa, que alguien también viniera por mí; porque eso nos decían: “Alguien llegará por ustedes niños, en cualquier momento, solo tengan paciencia”, y yo, con seis o siete años de edad lo vi difícil; pero, aun así, me aferré a esa ilusión con todas las fuerzas de mi corazón... Pero nadie vino... Allí me quedé, cada día, cada mes, durante más de doce años.

Cuando por fin cumplí dieciocho años, las puertas del Coperfil se abrieron para mí; pero, de repente, casi contra mi voluntad, un sentimiento extraño comenzó a arrastrarme a sus pasadizos fríos, a sus patios de espera, a sus tardes monótonas, a sus dormitorios enormes y sombríos, a su olor a lejía perpetua, a la falta de fe de sus moradores, a su comida sin sabor, a los golpes del gordo Silas y los castigos brutales de la señora Empe. Tal vez no quería irme; tal vez tenía miedo de salir a un mundo donde iba a ser más huérfano de lo que ya era en aquel lugar. Eso sentí.

Y mira, no me equivoqué. El mundo me devoró enterito. No estaba listo para enfrentar a la sociedad, para sobrevivir en ella. Cuando salí, no pasaron ni dos meses y ya tenía que hacer cualquier cosa para sobrevivir. El pequeño monto de dinero que me dieron los del albergue apenas me alcanzó para cinco o seis semanas. El alquiler de un cuarto, compré una cama,

unas frazadas, más mis comidas diarias en el mercado, fueron todo lo que pude hacer con el dinero. No sabía buscar trabajo. No sabía en qué era bueno. En principio quería regresar al Coperfil, pero ya no había vuelta atrás. No me aceptarían jamás. Así que con todo el miedo del mundo metido en mí tuve que enfrentarme a la nueva vida, y no pude. Al poco tiempo tuve que delinquir, hurtar, robar, estafar, engañar, y más cosas, y mírame ahora, estoy aquí, veinte años después de haber dejado el Coperfil, compartiendo celda con otro ex morador de aquel lugar, quien, al parecer, también salió más huérfano de lo que entró.

(*) Elvis David Quispe Altamirano (Andahuaylas). Docente y escritor apurimeño, cursó estudios en la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco. En el 2017 publicó su primer libro, *Una novelita vulgar y otros relatos*. Ha obtenido varios reconocimientos; Primer puesto en cuento y primera mención honrosa en poesía en el certamen del Premio Regional de Cultura –Cusco 2015, Segundo puesto en el Concurso Nacional de Cuento y Poesía Huauco de Oro 2019, y Tercer puesto en el Concurso Nacional de Poesía Antenor Samaniego 2019. Sus cuentos y poemas se encuentran en distintas revistas y antologías literarias.

LOS EVENTUALES

(Tercer Puesto)



David Edilberto Cabana Huanqui ()*

Cayma- Arequipa

—¿Y cómo fue? —preguntó César, con voz confidente. Llevaba las manos metidas en la casaca y las piernas le tiritaban de frío. El invierno se metía por las rendijas de las calaminas y por las ventanas que tapiaron, para la ocasión, con retazos de triplay. Se había aproximado a la casa apenas le informaron de la lamentable noticia.

—Le dieron un balazo —respondió Alfredo, con un timbre de voz casi inaudible.

Era las diez y cuarenta de la noche y el velatorio improvisado en la sala permanecía repleto—. Fue un accidente. Malditas coincidencias de la vida. Se pasó la mañana buscando trabajo, rodando de un lado para otro...

“Nosotros lo llamamos” espetó el hombre de corbata rosa. Se puso de pie, le extendió la mano y muy sutilmente le señaló la puerta con la mirada. La entrevista había culminado y quería deshacerse del muchacho para continuar con su trabajo.

“Dígame la verdad, señor Céspedes —suplicó Saúl—, ¿tengo alguna chance de conseguir el trabajo?”

El Administrador depositó el saco en el espaldar de la silla y se remangó la camisa. No se decidía entre darle falsas esperanzas o soltarle de una vez la mala noticia.

—“Mira muchacho —dijo al fin—, la verdad es que hay gente más capacitada que tú esperando el puesto, pero te puedo recomendar otras opciones...”

Saúl abandonó el vientre del Hotel Royal con pesar, los jugos gástricos treparon hasta la garganta y erupcionaron en su boca. La mañana se había esfumado con la misma celeridad con que se desvaneció su juventud, sin conseguir resultados. A esa hora la calle estaba vacía, los escolares volvían a casa, los comensales saboreaban sus platos de comida. Saúl se pasó el brazo por la frente, sudaba. Por un instante pensó abandonar su cometido, trepar a la combi de costumbre y volver a casa, vencido.

Sin embargo, un alud de pesares cayó sobre su conciencia. ¿Cómo explicaría a Sonia el día echado al olvido? Ella lo esperaba en casa con la ilusión de una vida mejor desbordándole por los ojos. El vientre le crecía a ritmo acelerado, un robusto bebe fruto de su amor-descuido.

“Un intento más”, pensó Saúl. Caminó por las calles del cercado, revisaba cada vitrina con la esperanza de hallar un cartelito ofreciendo trabajo. Caminó por los mercadillos de San Camilo y Siglo XX, más al llegar a la

quinta cuadra de la calle Don Bosco, en el edificio que renta un canal de televisión, se topó con un letrero que convocaba a un joven para trabajar esa misma tarde y solo por unas cuantas horas. Ingresó al edificio y preguntó por el anuncio, el hombre de seguridad le indicó que el encargado no tardaba en llegar.

Sentado en esa banca, ansioso por la demora, regurgitó su vida. Hace apenas unos años su existencia estaba matizada de distintos colores. La época escolar, un sueño imperecedero del que fue echado a patadas, la obligación de crecer, de hacerse hombre, de comenzar a ganar el pan con el sudor de su frente, como exigía Dios. Nunca puso la menor atención a sus maestros, a los adultos, menos a su padre. La vida en aquel entonces consistía en ignorar el futuro, solo valía la pena vivir el presente. Pero hoy, las cosas eran distintas, no podía capear más al rabioso toro de problemas que se le venía encima.

Recordó que hace unos años todo iba bien, regular por lo menos. Su viejo laboraba en el municipio provincial, un discreto guardián de la cochera municipal gracias a favores políticos. Su activa militancia durante la campaña electoral dio por fruto un puestito de trabajo. Saúl recordó la noche que dieron los resultados electorales, el viejo saltó hasta el techo de alegría, sus ojos sudaban esperanza. El doctor Valencia era el hombre fuerte de la provincia, ganador con un 38%, y eso significaba que por cuatro cortos pero gloriosos años no habría que preocuparse por el pan en la mesa. El trabajo era simple, vigilar durante la noche el estacionamiento y dormir durante el día. Para Saúl su padre era el ser que roncaba desde el dormitorio como un viejo parlante, su madre despachaba la tienda durante todo el día y él se sentía el ser más solitario del mundo. No había amor, pero había para comer y con eso era suficiente.

Pero la felicidad es una ilusión, una falsa promesa, un privilegio que nunca alcanzaremos. Aquella triste mañana Saúl decidió no entrar a la escuela, falsificó el sello de asistencia y la firma de su padre. El Sapo Peña

y el Pato Meneses lo esperaban a dos cuadras del colegio, fueron ellos los que lo incitaron a la aventura. “Unas merecidas vacaciones, causita”. “Nadie se enterará”. Ni siquiera se detuvo a pensarlo, el colegio era una tortura sin sentido, un reclusorio de inocentes, una jaula que solo servía para rebanarle las alas a la muchedumbre. Su cerebro atrofiado de banalidades no podía concentrarse en los asuntos importantes. Se refugiaron en la casa de la Tía Manuela viendo películas porno y masturbándose como locos, dos botellas de licor barato para amenizar la libertad hurtada.

Y volviste a casa con la cabeza hecha un laberinto, los ojos incendiados, la resaca de la inexperiencia asomando por tu boca pastosa. A una cuadra de casa acomodaste tus pertenencias, metiste la camisa dentro del pantalón, pasaste la mano húmeda para aplastar la mata de cabellos desordenados.

En adelante solo quedaba fingir, fingir una vez más, tu vida era una farsa en la que preferías no pensar. No pensar te hacía feliz, pensar era el infierno.

Respiraste hondo y te concentraste en tu andar, dirigir los pies con rectitud, evitar el balanceo de tu cuerpo, la fuerza de los músculos hechos plastilina.

Llegaste a la puerta y te sorprendió ver a un mar de gente entrando y saliendo de tu humilde morada, los ojos hundidos en tristeza. Nadie te dijo nada. Tu madre tenía los ojos reseco y agotados de tanto llorar. “¿Qué mierda ha pasado?” te preguntaste, alarmado, la garganta desintegrándose por el ácido de la premonición. “¿Dónde has estado, Saúl?” Gritó tu madre al verte y nuevamente rompió en un llanto seco. Apenas le avisaron lo del asalto enrumbo al hospital. Tu viejo, Saúl, agonizaba en una camilla raída, una bala en el vientre abriéndose camino entre el páncreas y el estómago, envenenándolo todo a su paso, para quedarse alojada junto a la columna vertebral. El médico dijo que no había esperanza, si tan solo lo hubieran traído antes, ahora la infección era incontrolable. El viejo alucinaba, se quejaba de dolor, espetaba frases sin sentido y pedía verte, verte. Quería

despedirse del retoño rebelde para espetarle algunos consejos y un lacónico pórtate bien, has que me sienta orgulloso de ti, muchacho. Tu madre voló al colegio a buscarte, pero no te halló, Saúl. Tú te pegabas una soberana borrachera en la casa de la tía Manuela.

Nunca te perdonaste.

Por la mañana ella dijo “se mueve, se mueve” y posaste tu mano sobre su vientre, creíste sentir algo parecido a unas punzadas ligeras, un pequeño corazón latiendo, unas diminutas manitas. Escuchaste en tu conciencia un “hola papá, por favor no pienses de nuevo en matarme”.

Llegaste a La Parada arrastrado por el Bacteria, un amigo de barrio en tus mismas condiciones. Él te enseñó los secretos del trabajo. La Parada era el punto de reunión, centenares de provincianos se aglomeraban a lo largo de una cuadra sin asfalto en busca de trabajos eventuales: barbechar las chacras, sembrar, cosechar, pastar el ganado, obrajes de construcción y cualquier trabajito que los mantuviese ocupados y les permitiese volver a casa con la esperanza de no castigar al estómago.

“Necesito veinte para cosechar cebollas”. “Quince para mover la tierra”. “Si hay alguno que sepa manejar el arado, mucho mejor”, gritaban los patrones.

La gente se disputaba el trabajo como gallinazos sobre la carroña.

Pero ahora que la barriga de Sonia crecía debías buscar algo más estable, comenzar a ahorrar, pensar en tener una casa. Te pasaste la mañana buscando.

“Vengo por el anuncio”, dijo Saúl señalando el cartelito en la puerta. “¿Qué sabes hacer?”, dijo el hombre de gafas mariposas. Le sorprendió que lo tuteara. “De todo un poco, señor”, dijo Saúl, intentando ganarse el aprecio del hombre. “Bueno, flaco, el trabajito es sencillo, se trata de...”

—¿Accidente? —preguntó César.

—Sí, el pobre estaba desesperado. El trabajo que le ofrecieron consistía en hacerle bromas a la gente, una cámara indiscreta, según me contaron. Se colocó un disfraz de mono, de gorila. Tenía que aparecer de la nada y asustar a algún incauto. El pobre aceptó el ofrecimiento. Todo iba bien hasta que se le ocurrió asustar a una pareja de ancianos. La mujer salió gritando y entró en pánico; el hombre, un policía jubilado, desenfundó su arma y le soltó un tiro.

—Qué mala suerte, compadre.

—Sí, era un trabajo eventual.

(*) **David Edilberto Cabana Huanqui** (nacido en Arequipa) Es licenciado en Educación en la especialidad de Ciencias Sociales y egresado de la carrera de Derecho, ambas en la Universidad Nacional de San Agustín (UNSA). Labora en la I.E. Las Flores de Arequipa. Le apasiona la creación literaria, especialmente en cuento y novela. Admirador de la obra de Oswaldo Reynoso, Julio Ramón Ribeyro, Vargas Llosa, Sábato, entre otros. Gusta del Rock y la Trova.

Ha publicado cuentos en revistas como Naufrago (Arequipa, Perú); Proyecto Sherezade (Canadá). Además, ha conseguido el segundo puesto en el I Concurso de Historia Arequipeña.

AUSENCIA

(Primera mención honrosa)



Plinio Gustavo Quispe Tapahuasc ()*

Ayacucho

El aire arisco revoloteaba en el cielo nublado. Entre los ramajes de la tupida selva, las hojas lloraban en la febril mañana. Tú, ahí, tiritando, con el fusil en mano, tus rodillas besaban el lodo, tu cuerpo sucio por el barro y las llagas de tus manos no escondían el tatuaje del rostro de tu madre, una cándida imagen de tinta negra impregnada en tu izquierda. La lluvia era cada vez más intensa, el frío golpeaba tus entrañas, te ponía cada vez más tieso el cuerpo. En el charco de tu derecha, se dibujó el rostro de Lucía y tus dos hijas. La última noche que compartiste la cama con Lucía, la besaste hasta el nombre. Y entre sollozos le prometiste pedir tu cambio de la Base de Mazángaro, volver y casarte en la parroquia de San Miguel. Constanza,

de cinco años, te había preparado muy temprano el desayuno. Panes con mantequilla y mermelada, acompañado de un caliente café Kirma.

Mientras cogías la taza, tarareabas “Mambrú se fue a la guerra, tururum tururum que pena...”. Ella te seguía muy atenta con las palmas. Entonces, bajó Sophia gritando un fuerte “papi”, subió en tus rodillas, te abrazó y no paró de besarte. En segundos las dos niñas sujetaban de tu cuello y los besos no paraban. De pronto, sentiste deslizarse unas pequeñas manos sobre el bolsillo de tu chaqueta, dejando un sobrecito.

Ingresando a la Base de Mazángaro, en un cuartucho de triplay y calamina, sobre una mesa de la cual salían decenas de polillas, al pie de la vela, el suboficial Peña redactaba: “Aproximadamente, once delincuentes terroristas de Sendero Luminoso se desplazaron por las inmediaciones de la localidad de Nueva Esperanza, luego de haber atacado un helicóptero FAP, en la ruta conocida como El Monte del Diablo. Se ha capturado a José Mendoza Díaz, conocido como el “camarada Guillermo”, provisto de quince kilos de PBC, un fusil AKM, cuatro cacerinas, tres granadas tipo piña y una pistola Glock 19; además, el detenido vestía uniforme del ejército, una pasamontaña negra y un polo con el símbolo de la hoz y el martillo”.

Terminando el informe, Peña te dio un gran abrazo. En ese instante ingresó Santibáñez, con la misma fuerza de siempre, diciendo: “A dormir carajo, salimos a las cuatro”. Todos se acostaron con el uniforme puesto, echaron saliva a las velas y el silencio nació entre los catres viejos.

No sabías que te esperaba allá arriba, en el monte. Sobre tu cama, cogiste la almohada y tus pestañas comenzaron a encogerse. Era el primer día de clase de Constanza, le preparabas la lonchera y Lucía con su barriga de nueve meses la peinaba. Sacaste el automóvil rojo que tu padre te regaló y enrumbaron a “Angelitos del saber”, Constanza tomó tu brazo y no quería soltarte. Lucía, en el coche daba señal de alarma. Con los nervios a flor de piel, cargaste a Constanza y le abrochaste el cinturón de seguridad. Rápidamente pasaron por la avenida La Marina, mientras tus consejos de respiración trataban de tranquilizar a Lucía, pero sus quejidos quebraban

toda calma. Al llegar al hospital, ingresó veloz a la sala de partos y no supiste nada de ellas durante horas. Un hermoso bebé nacía ese día.

Un sonido estrepitoso te puso en pie, venía del monte, quizá estaban cerca.

Salieron quince minutos antes que el segundo grupo, los dirigía el capitán Santibáñez. En fila india subieron por los peñascos, rompiendo los ramajes que golpeaban sus rostros, cruzando varios riachuelos que formaba la intempestiva lluvia que azotaba en el lugar. Entre los charcos viste caer el cuerpo de Peña, tu promoción, con quien tantas veces compartiste tus penas en las aulas del colegio donde terminaron la secundaria. Él, ese muchacho trigüeno, con ojos grandes, el cabello enrollado y el rostro flaco. Tu padre lo quería como su a hijo, tu hermano.

Tirado, el lodo había envuelto su rostro, te acercaste y lo limpiaste. En medio de su frente centellaba un agujero. Mientras lo limpiabas con la manga de tu casaca, Prado y Reymúndez gritaban: ¡Emboscada carajo! ¡Emboscada! Tomaste furiosamente tu fusil disparando a los arbustos de tu izquierda, donde ellos devolvían las balas. De pronto, sentiste un pequeño dolor en el pecho, pero seguiste disparando, con la misma furia que sentiste al ver a tu amigo con ese orificio, con el mismo dolor de observar a tu padre en un cajón, morir por culpa de esta gente, con la tristeza de quedar sin padre a los cinco años, con las ganas de nunca encontrar alguien con quien patear un balón cuando más deseaste el fútbol y con la misma energía que ponías todas las noches para darle una sonrisa a tu madre, que se quebraba cada vez que veía el uniforme de su esposo. El peso del fusil se hacía más fuerte, tus manos lo soltaron, tratabas de levantarlo una, dos, tres y muchas veces más, pero ya no respondían. Tu cuerpo apoyado en un árbol, en medio de una incansable lluvia provocaba tu respiración cada vez más lenta, suave, tranquila.

En el helado charco, mientras sentías más fuerte el frío, sacaste del bolsillo derecho de tu chaqueta, bajo el bordado del nombre Domingo Paz, el sobrecito que Sophia te colocó días atrás. Era la fotografía de los cuatro, tu familia, todos con una gran sonrisa en la salida del Parque de las

Leyendas, hace tres años, el día de tu cumpleaños. Al reverso de la imagen decía: “Feliz día papito, te amo”.

Mientras pronunciabas las últimas palabras de esa frase, tus lágrimas se enfriaban sobre tu cuerpo helado.

(*) Docente y Politólogo por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Ha obtenido el primer lugar en poesía de los Juegos florales de la facultad de Educación y mención honrosa en cuento del Premio Celit de la facultad de Letras y Ciencias Humanas, ambos por la UNMSM. Además, tercer lugar en cuento de los Juegos florales universitarios URP. Ponente en congresos académicos y participante de talleres de creación literaria e investigación. Becario Santander Grado Perú para estudios en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

ZAPATOS BLANCOS

(Segunda mención honrosa)



Gladys Rosario Ramos Arana ()*

Lima

Me han puesto mi vestidito blanco y los zapatos del mismo color, pero me ajustan y no puedo dejar de moverme. Viajar todos en la camioneta fue muy incómodo, no podía estar quieta, por lo que recibí pellizcones en el brazo derecho. Quiero llorar, pero sé que me iría peor. Me aguanto, solamente me aguanto. El silencio está enrarecido.

Llegamos a casa de la tía y todos lloran, menos Raúl, mi primo mayor. Creo que tiene dieciocho años porque puede comprar cerveza, la rubia le gusta más y jamás compra una, sino de seis en seis y no sé por qué. Su mirada me asusta, otras miradas también me asustan.

La sala está vacía, los muebles y las sillas y todos los adornos de la tía han desaparecido. Las voces se alzan en la cocina y no puedo dejar de bailar. Los dedos me duelen, los zapatos blancos me ajustan.

Los dos hermanos de Raúl se abrazan y lloran y se consuelan. Raúl está enojado, muy enojado; apartado de todos, mira por la ventana y no deja de fumar. Alguien que no conozco lo llama a un costado y conversan, pero Raúl se desentiende de la conversación y se aleja hasta la puerta de la casa. Fuma otra vez.

Todo quedó en silencio cuando vinieron unos hombres con una caja de madera grande, como para que un adulto durmiera allí. La pusieron en medio de la sala, abrieron la tapa y todos se agolparon en torno a ella. Se lamentaban, murmuraban y lloriqueaban casi al mismo tiempo; eso, junto con los suspiros y las lamentaciones flotaban sobre ella como una nube apagada. Estaba desconcertada y me asustó mucho y seguía bailando porque los dedos de los pies estaban exprimidos, verdaderamente exprimidos por los zapatos blancos.

Luego de unos minutos, todos dejaron de verse entre sí y miraban solemnemente el cajón, bueno, no sé si al cajón o a la tía. Cuando yo la miré, la vi rara, tenía un color extraño en el rostro, su piel era de color amarillo pálido y unas manchas en los párpados eran rojas. El color de sus labios era un rosa exagerado. Llevaba cabello corto y algo engominado. Yo la vi un instante y buscaba qué otra cosa veía los demás, pues sentía que me estaba perdiendo de algo. Mis pies me recordaban que necesitaban ayuda.

De improviso, Raúl entró y calló a todos con una autoridad sorprendente. Los miró y a cada uno le dijo cosas que no entendí, pero la reacción de cada persona era incomprensible. Una tía se acercó a él con la intención de abofetearlo, pero finalmente no lo hizo, su primo “El Negro” llegó hasta su lugar y la mirada desafiante de Raúl lo condujo directo hacia la

puerta. Me llamó la atención cómo el ruido de tacos agujas y plateados se perdían en la avenida. En unos segundos, solo quedamos Raúl, sus hermanos y yo. Extrañamente, el meneo se me hizo más llevadero y volví a ver el rostro de la tía. Parecía que sus labios se movían lentamente y llamé a Raúl. Él la miró y tocó sus manos. Yo no me atreví a hacerlo, cuando me acercaba mucho a ella sentía vientecillos fríos que se apoderaban de mis brazos, de mis piernas, de mis pies bailadores y de mis zapatos blancos. Sus dos hermanos se acercaron también.

Escuché un ruido en el ambiente contiguo y fui hacia él. Deslicé la puerta suavemente y el televisor estaba encendido, solo él alumbraba. Vi a una persona frente a él meciéndose en una silla de madera. No imaginé encontrar a nadie. Eché un vistazo a la habitación. No la recordaba. En realidad, no recordaba nada. Poco a poco el volumen descendía y escuchaba mi propia respiración, cada vez más cerca de mi oído. Me acerqué paso a paso, lentamente, y no sé por qué volví a sentir frío en mis brazos y en mis piernas, ya no en mis pies, empezaba a sentirme extraña. La persona estaba arropada, como envuelta en colchas gruesas y de diferentes colores. Se mecía una y otra vez. A medio camino escuché que el chirrido de la madera se apoderaba del ambiente, del aire, del ruido y hasta de mi aliento. Ya no me dolían los dedos de los pies. Me pregunté qué hacía esta persona aquí y sin traje negro y sin zapatos y tan cerca del televisor.

Estuve lo suficientemente cerca como para tocar la silla y saludar. Pero en ese momento algo me detuvo. Ella giró la cabeza y lancé un grito sordo, profundamente sordo. Me llevé la mano a la boca y di dos pasos hacia atrás, pero fue inútil, mis rodillas se quebraron y caí muy cerca de ella; me sentía cada vez más extraña. No aparté los ojos de su rostro, ella tenía la misma cara de la tía del cajón. Esbozaba una sonrisa desfigurada y con su dedo señaló sus pies. Una ráfaga de vientecillos fríos se apoderó de mí.

Ya nada me dolía, ya no sentía mis pies. Los suyos llevaban mis zapatos blancos. El televisor se apagó. El chillido se apoderó de las dos.

(*) **Rosario Ramos Arana**, Licenciada del Instituto Pedagógico Nacional Monterrico con mención en Lengua Literatura y Comunicación, con Bachiller en la Universidad Cayetano Heredia y con estudios concluidos de Maestría en Comportamiento Organizacional y Recursos Humanos en la Universidad Ricardo Palma.

Profesora en el Colegio Parroquial San José. Ingresó al mundo editorial con la publicación del libro *Literatura Universal* para el quinto año de educación secundaria. Ha publicado varias colecciones de textos escolares, cuadernos de trabajo, comprensión lectora y caligrafía de primero a sexto grados de la mano de una editorial que ya está en el mercado. Posteriormente, formó su propia editorial Grupo Editorial Belén-Graduarte y publicó su primer libro de manera independiente.

En la actualidad se desempeña como editora de textos de nivel inicial, primaria y secundaria.

GRITOS EN LA ENCAÑADA

(Tercera mención honrosa)



Héctor Ancajima Fernández ()*

Tumbes

En Pechichal, la “Loma de jabón”, con su traje de colores, bailaba al son de la lluvia... el sol sobre las colinas, huye escondiendo su rostro de luz, y el sordo rumor del agua salta sobre las rocas y greda para luego correr en el espacioso cauce. Zigzagueante, y con mucho esfuerzo, avanza el beodo, a través del espeso barro de la encañada.

Tambaleando y sorteando las piedras salientes, asciende hasta la amplia meseta, hasta la cabaña de amplio corralón para sus animales, allí los esperan su compañera y su hijo.

—¡Ábreme la puerta mujer! ¡Abre que yo no espero! —gritaba a grandes voces— mientras con sus recios dedos se aferraba a las ramas de los pequeños ficus, mudos guardianes, cuyas ramas señalan la sinuosa senda en la pendiente del cerro.

Yo tomo mi aguardiente,
no me asusta el temporal,

no le temo ni a la muerte,
soy buen gallo en mi corral.

Aún tuvo tiempo de entonar la cumanana siniestra al tiempo que sus puños hacían temblar las entrañas de la puerta.

—¡Juana, ábreme la puerta! ¡Abre la puerta! ¿no ves que estoy llegando? ... ¡ya verás!... estoy empapau... maldito aguacero... malditos todos, ¡Caracho! ...

No terminó de escupir las blasfemias de siempre... el filo brillante de un cuchillo las ahogó al clavarse con furia en el pecho, para luego desplomarse en el umbral, tras el chillido de la puerta...

Escuché otra vez los amenazantes gritos de mi padre, eran los mismos de siempre.

Busqué a mi madre y corrí a la puerta, ¡ella estaba allí!, llevando la tina de aluminio donde comían los chanchos.

—¡Ve a tu cama y a dormir! —pronunció con una firmeza que nunca había contemplado.

Era extraño pues siempre se había temblado ante los gritos iracundos de mi padre.

Una extraña luz que brillaba en sus ojos me selló los labios.

Me metí a la cama, mi abrigadora colcha marca tigre envolvió mi ser, y ante la mirada del felino recordé las locuras de mi padre, pues pedía su comida y hacía volar la vianda, lanzaba bancos y destruía mesas, cegado de furia golpeaba a mi madre y la arrastraba tomándola por los cabellos. ¿No querrás irte de nuevo a Lima? ¡No olvides de mí y de *naydes*! —y la tiraba al suelo. Esto me irritaba y cual felino me prendía en la pretina de su pantalón por la espalda, pero su recio brazo me hacía rodar cual calabaza.

Yo asustado, corría a sus brazos. En medio del llanto me calmaba

—¡No te asustes hijo, sólo está borracho! ¡Cuando seas grande no seas como tu padre!

—¡Ve donde mi madrina Vito, hijo, dile que venga! —Suplicaba mi madre.

Cual flecha herida cruzaba veloz la encañada

—¿A estas horas? ¡Ya sé por qué vienes!

¿De seguro otra vez se enloqueció el Cuchibibe?

Avanzamos entre las sombras del resbaladizo camino, sorteando las piedras y el terreno fangoso, tomados de la mano y la anciana apoyada en su cayado de algarrobo, cargando su bolso repleto de yerbas y emplastos con los que limpió las heridas y hematomas.

—¡Vean pue como te ha dejao, el maldito! ¡Mañana le doy su buena requintada!

En el alba, sujetando un azote en sus nudosas manos, la vieja Vito le increpaba al borracho:

—¿Hasta cuándo vas a seguir así, como un salvaje? ¿Qué ejemplo le das a tu hijo? ¡Cualquier día vas a matar a tu pobre mujer! —y le arriaba latigazos con todas sus fuerzas.

—¡Perdone Ña Vito, se me pasó la mano, estaba mareado!

Una vez escuché a mi abuela una conversación, que cuando mi madre estudiaba, eran enamorados con mi papá; pero nadie estaba de acuerdo.

—¿Va estar bueno esto? ¡La Juana, anda de amores con el Cuchibibe! ¡Esos son flojos, son borrachos y hasta de mala costumbre! —Había dicho mi abuelo— ¡Se me va a Lima, donde mi hermano Federico!

En la capital, ella se había conocido con un joven, eran muy buenos amigos.

La Juana volvió. Pero a los meses, el buen doncel llegó a Pechichal con sus padres para pedir la mano y hasta fijaron la fecha del matrimonio, hicieron todos los preparativos, pero el día de la boda, el Cuchibibe se la robó y no hubo casamiento. Por ello cuando se embriagaba le arrostraba haberle hecho caso a un limeño.

Tantos recuerdos nublaron mis ojos que se cerraron escuchando el graznido lúgubre de las lechuzas, el rugido del viento y el llanto de la lluvia.

—¡Vecina Julia abra la puerta! ¡Han matado a don Cuchibibe! —eran los gritos despertando el alba, de los vecinos que a cada momento subían, cruzando a la carrera la encañada.

¡Pum, pum! —resonaba la frágil puerta de calamina y marco de cedro.

¡Han matado al Cuchibibe!, han apuñaleau al borracho! —clamaban los curiosos.

¿Quién lo habrá matado, mi diosito? ¿Quién habrá sido el malvado? —

Y en el suelo húmedo, a un metro de la puerta, yacía inerte, sus negros ojos mirando el infinito, en la faz cobriza y serena destacaban sus amplios labios, y su pulcra camisa manga larga arremangada en los puños, sangrante, mostraba en silencio la mortal herida. Sangre y barro salpicado cubrían su pantalón con pliegues y sus botas de cuero; y a un costado, cual cosa baldía, una botella vacía de “Patito seco”

No sé de dónde salió, había un mar de gente, tanta gente, estaban sus familiares entre ellos mi pobre abuela que aferrada al cadáver del hijo gritaba:

—¿Quién ha matado a mi hijo? ¡Él no se metía con nadie, él era bueno!

¿Pero dónde está la sangre? ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Se desangró en el camino?

¡Más que seguro lo han atacado en la encañada y no hay sangre por la lluvia!

Luego llegó la policía de San Jacinto, después de indagar e inspeccionar los alrededores, se retiraron llevando la destartada camisa del occiso. El médico de la posta certificó el deceso.

—¡Encuentren a los asesinos de mi hijo!

Entre llantos de plañideras, mi madre recibía el pésame, a la par que cortaba en menudos trozos el plátano y hojas de yuca cosechados en el

rozo y disolviendo en la tina de aluminio el polvillo para la media docena de chanchos que gruñían hambrientos en el corral.

Era la hora del crepúsculo, nuevamente la policía, no había noticias de los asesinos del campesino. Los cerdos gruñían en el lodazal. Un uniformado los ausculta y de pronto:

—¡Jefe, observe las barbas de los chanchos, sí, los pelos de las trompas y las manchas de la cara, parecen sangre!

—¡Tienes razón! —contestó el superior.

—¡Levanten los animales, al laboratorio, la prueba de luminol!

Dos días de duelo, un rechoncho rezador de sonrosadas mejillas, girando un rosario en sus manos, tejía alabanzas y pedidos por el alma del difunto, mientras los vecinos pasaban la noche entre chácharas y tragos de aguardiente.

Medio día el sol brilla con su oro en el valle, es la hora del sepelio, llegan los acompañantes, han interrumpido sus faenas en sus chacras y rozos— ¡Estas son cosas prestadas!

En el camino al cerro unas siluetas brillan, son varios uniformados, irrumpen en la cabaña, buscan a mi progenitora. ¿La señora Juana? — ¡Si señor! — respondió y se demudó su rostro.

¡Hemos hechos las pesquisas necesarias, no nos haga perder tiempo! Respóndame ¿quién mató a su esposo y por qué?

“Yo fui oficial, estaba harta de tanto maltrato, las denuncias no tienen eco en las comisarías y la justicia no se cumple en los tribunales. Por eso alisté el cuchillo de matar a los cerdos, y también la tina... No pudo continuar, aturdida por el peso de la conciencia y el dolor de las lágrimas.

—¡Y en la tina recogiste la sangre y luego la diste a comer a los puercos, para hacer creer que lo habían asesinado en otro lugar y no aquí! ¿Es cierto? —Mi madre asistió moviendo lentamente la cabeza.

—¡Suficiente, enmarróquenla! —Bramó el policía.

Esposada y flanqueada por los policías, la autora de mis días, inicio el descenso, entre insultos y gritos del gentío. Estaba confundido, pero fui a su encuentro - ¡hijo mío, mi pequeño, perdóname! - me acogió en su regazo, sujeté su vestido, hasta que la vieja Vito, me jaló del brazo. -¡Se quedará conmigo, yo lo cuidaré!

El acompañamiento fúnebre descendió cruzando la quebrada rumbo al campo santo, mientras la acusada subía a una camioneta de la policía.

Recuerdo siempre las palabras de mamá: ¡Cuando seas grande no seas como tu padre!

Han pasado ya varios años, voy a terminar la primaria; pero aún no puedo verla.

Contemplo la oscura carretera con su cuerpo de serpiente desde mi cabaña vacía, escucho el canto de los negros y chilalos, los gritos del campo y el viento cruzando la encañada.

Canta el negro en la encañada,
canta el viento con el sol,
al retorno de mi madre,
con ella cantaré yo.

(*) Héctor Ancajima Fernández nació en la ciudad de Tumbes. Labora en la institución educativa Aplicación “José Antonio Encinas” de la ciudad de Tumbes. Promueve Encuentros Literarios entre escritores y alumnos en la región. Ha escrito para los niños y jóvenes algunos mensajes en prosa y verso, las poesías: “Cangrejito Violinista”, “Mi loro Lencho”, “La huanchaca”, “Cangrejo, sol y mar” entre otros, y los relatos infantiles y juveniles: “Fábula de las conchas del Manglar”, “Leyenda del ave fragata magnífica”, “¡Qué llueva, qué llueva, la bruja está en la cueva”, entre otros.

Así mismo desde el año 2016, promueve el “Festival Aplicacionista de Cumananas Heriberto Panta Chune”, con el afán de rescatar ese canto popular y reconocer el trabajo indesmayable del “Poeta Montubio” en la difusión de esta especie poética del pueblo.

Ha ganado diversos premios literarios como autor y asesor de sus estudiantes.

JUNTA DIRECTIVA NACIONAL DEL CPPe (2020 – 2023)

Prof. Pablo Helí Ocaña Alejo
Decano Nacional

Profra. Elizabeth Edith Olivera Ccalla
Vice Decana Nacional

Profra. Yolanda Cáceres Morocho:
Directora Secretaria Nacional

Prof. Manuel Leoncio Nieves Fabián:
Director Nacional de Asuntos Académicos y Profesionales

Prof. Carlos Huiman Espinoza:
Director Nacional de Asuntos Administrativos y Jurídicos

Profra. Doris Agüero Villanueva
Director Nacional de Economía y Finanzas

Prof. Caen Pariona Quitana:
Director Nacional de Previsión y Bienestar Social

Prof. Luis Marcial Soto Luque:
Director Nacional de Coordinación Regional

Prof. Leoncio Luque Ccota:
Director Nacional de Prensa, Eventos y Publicaciones.

Se
terminó
de digitar la
obra en la oficina
del Colegio de Profesores
del Perú, Jr. Rufino Torrico 889,
Oficina 301 - Lima - Perú
15 de abril del año 2023



COLEGIO DE PROFESORES DEL PERÚ

LEYES N° 25231 - 28198 - D.S. N° 017 - 2004 - ED

Inscrito en el Registro de Personas Jurídicas SUNARP en la Partida Electrónica N° 12517954

Ediciones **AMAUTAKUNA** pone a disposición del público lector las composiciones ganadoras del I CONCURSO NACIONAL DE CUENTOS organizado por el Colegio de Profesores del Perú.

Son narraciones muy bien logradas donde los autores usan con bastante naturalidad los recursos literarios y sobre todo el manejo del tiempo, haciendo que los relatos se tornen interesantes desde el inicio hasta el final.

Son sumamente importantes los aportes desde nuestras regiones dentro de nuestra diversidad cultural.



Editorial
AMAUTAKUNA